

## **DEL LADO OSCURO. SENTIMIENTOS, EMOCIONES PASIONES**



No han sido las emociones uno de los temas imprescindibles para la gran tradición filosófica. Sea por el desentendimiento, acaso malentendido, que la razón ha mostrado por todo aquello que se consideraba *extramuros* de sus no siempre precisos dominios, sea por su indudable dificultad inmanente, no parece, en cualquier caso, que la supuesta parte irracional del hombre (sin entrar en lo que determinado pensador entiende en cada caso) se deje fijar de modo pertinente y necesario por el concepto empírico o especulativo.

Una propedeútica de los procesos afectivos, a mi modo de ver, debe situarse en el punto de vista equidistante y conmensurable de cuatro ámbitos complementarios: la filosofía, pura, la psicología experimental, la antropología cultural y, como no, la creación artística (en especial, la literatura, la música y la pintura).

Para ilustrar esta exigencia epistemológica, por demás tan convencional como cualquier otra decisión teórica, me gustaría proponer una breve reflexión desde los dos primeros ámbitos; más una ligera coda dedicada a la interpretación del horizonte de los clásicos; dejando para otra ocasión los dos ámbitos últimos, en especial la insoslayable referencia a la obra de arte.

Traigo al caso de la filosofía pura, la figura hegeliana de la razón actuante en la *Fenomenología del Espíritu*, encarnada en la rebelión de la razón individual contra el destino, en la que toma conciencia de su singularidad por oposición a la ley universal como en sí de la individualidad, como existencia exterior necesaria. En ella, la conciencia presenta como ley su propia felicidad, la ley interior que rige sus propios e ilimitados deseos. La ley del corazón recoge los sentimientos de la humanidad frente a los que se alza el orden inexorable del mundo (ese orden inexorable del acontecer cuya esencia es el tiempo como decadencia universal y que tan ma-

ravillosamente plasmó Proust en la última entrega de la saga, "El tiempo recobrado"). La contradicción entre el destino exterior y la ley interior conduce finalmente a la transformación, por esta, de los deseos en la realidad misma (toda la estética romántica se basa en este principio ontológico).

Sin embargo, en la dialéctica hegeliana, la lucha contra el orden implacable del mundo acaba convirtiéndose en violencia contra los propios hombres. La razón actuante convierte su ley en delirio presuntuoso, su singularidad en confrontación y el amor a la humanidad acaba siendo imposición arbitraria. La ley del corazón deviene irracionalidad y locura; por lo que, negada, lo verdadero será ahora, del otro lado, lo universal existente, el cual ahora debe ser de nuevo justificado en la infinita espiral de la dialéctica. Sin embargo la posibilidad de una síntesis pensable entre la razón práctica y la ley del corazón está y ha estado siempre presente en la idea recurrente de ese fascinante género literario, filosófico y cinematográfico que es la utopía, con sus múltiples y sugerentes desarrollos.

El personaje de Karl Moor en los "Bandidos" de Schiller representa, como figura de la conciencia, la ley del corazón. Pero, en la tradición hegeliana, como concepto realizado, la representa el Único de Stirner (afirmación pura de la individualidad) y, sobre todo, la clase trabajadora de Marx. En esta última, la violencia es también contra los hombres, pero real e ineludible, inherente a las leyes de la materia y de la historia. El hombre, como sujeto realiza a la vez la autoconciencia como singularidad (humanismo) y la ley interior como fraternidad universal (socialismo). Cualquier utopía pensada reproduce este esquema y completa de otro modo la figura hegeliana. Un análisis fenomenológico que pretenda iluminar el sentido de los sentimientos, emociones y pasiones del hombre (en cuyo vértice

jerárquico se encuentran la felicidad, la libertad y la justicia) tendría que pasar necesariamente por la lectura atenta de las grandes utopías, sean estas explícitas o implícitas, positivas o negativas...

En relación con la psicología experimental, traigo al caso la conocida teoría de William James sobre las emociones. Su intento consiste en explicar los procesos afectivos a partir de modificaciones viscerales, musculares y esqueléticas. Su principal supuesto teórico afirma que la experiencia emocional depende de patrones específicos de activación de los sistemas visceral y somático, vía Sistema Nervioso Autónomo, y de patrones de respuestas motoras, vía sistema Músculo-esquelético. Ambos tipos de respuestas neurofisiológicas determinan experiencias emocionales multifuncionales. Dicho de otro modo, la información estimular es enviada al cerebro y una vez procesada es transferida a los distintos sistemas orgánicos que, a su vez, originan conductas emocionales diferenciadas. En términos mentalistas o intrapsíquicos, la emoción se explica por la repercusión en la conciencia (término usado por funcionalistas como Thorndike o pragmatistas como James) de los cambios neurofisiológicos inducidos por la percepción de objetos, contextos o situaciones. Como el propio James escribió, no habría que decir que encontramos un oso, tenemos miedo y por eso huimos; sino más bien, huimos y por eso tenemos miedo. Estamos apenados porque lloramos, estamos aburridos porque no hacemos nada...

En realidad la de James es una más entre otras criticadas teorías sobre el mismo tema. La teoría corticoencefálica de Cannon-Bard, la teoría de la activación de Arnold-Lindsley, la teoría cognitiva de la atribución de Schachter. De todo esto se siguen, a mi modo de ver, dos consecuencias ineludibles: la primera es que, después de todo, no hay unas diferencias epistemológicas tan apreciables

entre una y otra, filosofía y psicología, como pretende definir la institución académica mediante gruesos argumentos de contenido metódico. Al menos en lo que se refiere a los conocimientos exhibidos sobre los procesos afectivos. Por más que intentemos salvaguardar a la primera con espesos ropajes metodológicos, los que, al menos socialmente, le permitan salvar ciertas apariencias de utilidad y ciencia recomendable, la misma pregunta continúa insistiendo: ¿Qué diferencia realmente relevante hay entre la teoría periférica de la emoción de James (o cualquiera de las citadas) y el mecanicismo fisiologista cartesiano? ¿Qué contenido empírico corroborado aportan esta y otras teorías, paralelas o divergentes, para que podamos al fin convencernos de su inequívoco alcance objetivo? La segunda es la que sigue. Acostumbran los esforzados metodólogos a distinguir entre tres niveles de comprensión en psicología, según su grado creciente de distalidad o complejidad estructural: el nivel inicial, bioquímico; el nivel intermedio, neurofisiológico; y el nivel total, en el que se integran los dos anteriores, de carácter específicamente psicológico. Desde una perspectiva científica, recordando a Russell, la falacia estaría en invertir los términos de la explicación. Precisamente, el acierto James se muestra en esto: si la psicología aspira seriamente a ser una ciencia positiva, es decir, una ciencia natural, el nivel de comprensión en el que debe situarse no es el psicológico. Como corolario: la pretensión científicista del conductismo falla en lo siguiente: lo conductual no es un ámbito sustantivo e irreductible, sino subordinado. La contraposición entre ciencias naturales y humanas es decididamente una causa perdida. Es imposible una ciencia natural de la mente y de la conducta (pese al ardor persuasivo del manifiesto conductista). Las llamadas ciencias humanas siguen siendo un saber del hombre gozosamente filosófi-

co y literario. La psicología es un mito científico. Y todo el mundo lo sabe excepto ciertos recalcitrantes... psicólogos. La psicología de las emociones se expresará, si es una ciencia objetiva, "more informático", como una secuencia incontable de sucesivas pantallas, resultado de un arduo programa de procesamiento de la información realizado por una red sumativa de supercomputadoras de última generación. Una vez decodificadas hablarán tan sólo del cuerpo y de sus elementos constitutivos y los procesos afectivos quedarán reducidos ¡atención moralistas! a un entramado, por el momento impredecible, de fórmulas bioquímicas encadenadas.

Un recorrido completo por una sabiduría de las emociones, en esta dirección, debe presentar y exponer las ideas (no me atrevo a llamarlas de otro modo) de los principales paradigmas de la psicología contemporánea. La teoría fisiológica de las emociones de James-Lange, a la que brevemente hemos aludido; la teoría mentalista de las emociones, tanto en el enfoque analítico-introspectivo de Wundt, como en la versión psicoanalítica-retrospectiva de Freud. La teoría conductista de Watson, Skinner, Ryle; o las últimas teorías cognitivas al respecto de Schachter, Singer y Arnold... Pero la mera alusión descriptiva a las mismas desborda el espacio amablemente concedido a este artículo introductorio.

¿Pero qué nos enseñan algunos clásicos sobre tema tan arduo y oscuro?

Comencemos por la gran tradición racionalista del Barroco.

La cartesiana es una filosofía de las emociones todavía sujeta a presupuestos de carácter moral. Por tanto, la primera consideración que se sigue es su posible mal uso y la necesidad de su control. Ahora bien, las pasiones dependen causalmente de las acciones corporales, puesto que el alma por sí misma y como tal sustan-

cia, se dedica tan solo a pensar. Lo que sí depende del pensar es la racionalización de las condiciones naturales que producen este o aquel movimiento emocional. Las pasiones deben ser indirectamente dirigidas por el alma, y en esto consiste, como dice Descartes, la principal utilidad de la moral. La consecuencia de este planteamiento no es otra que una versión renovada del venerable intelectualismo ético: el deseo, el impulso afectivo es bueno cuando procede de un conocimiento claro y distinto y malo si se sigue de la confusión y el error.

En el paradigma empirista, se invierten los términos; así, lo emocional no es esencialmente moral sino al revés. Ahora se trata de analizar el origen y fundamento de los sentimientos (uno de los cuales en grado eminente es el que se refiere a las valoraciones morales). En este punto nos separamos de la metafísica para adentrarnos en el ámbito antropológico de la psicología y de la sociología. El origen de las emociones habría que buscarlo en los elementos, mecanismos y leyes asociativas de la mente humana. Su fundamento (la estimabilidad) en las costumbres apreciables y útiles a la comunidad empírica de individuos. Los sentimientos se convertirán en auténticos principios de identidad y diferencia, sea personal o cultural. El problema del sujeto como substancia, que había sido abandonado como problema metafísico es retomado ahora como identidad psicosocial. La identidad personal se basa en la organización subjetiva de las emociones, puesto que los referentes experienciales de esta identidad, como la memoria (¡atención lectores atentos de Proust!), se fijan desde aquella y no desde los elementos lógico-racionales de lo mental. El "sujeto pasional" de Hume se presenta, de nuevo, como la contraposición del sujeto pensante del racionalismo clásico.

Tanto Nietzsche como Freud comparten una orientación genealógica (se podría decir etiológica) de los contenidos polimorfos de los afectos y, sobre todo, de su sorprendente sentido racional. En ambos casos se trataría de una efectiva colonización de los afectos. Una Pathoslogía que presente lo irracional desde pautas de reconocimiento intersubjetivas. Precisamente, la labor del Psicoanálisis consiste en transmutar el sinsentido aparente en un exceso de significado. Cuando afirmamos que la obra de Freud y Jung cambiaron la imagen del hombre, sin duda nos estamos refiriendo a la profunda revisión y al radical desplazamiento que hizo de los dos conceptos iniciales de la antropología moderna, desde Descartes: consciencia y libertad. En ambos términos, la presencia del inconsciente individual o colectivo replantea la concepción genérica del hombre: la atribución de significado no es exclusiva del pensamiento consciente, el cual, por demás, no decide libremente por motivos explícitos, fijados previamente por hábitos reconocidos socialmente. El sistema inconsciente, a partir de ahora, no se va a ocupar del residuo sobrante de las cosas nimias o banales.

Pero aún es más directa, en Nietzsche, la racionalización de las emociones desde una genealogía cultural. La anunciada transmutación de todos los valores, es, otra vez (como en la utopía y el emotivismo ético), reconstrucción de un plexo acabado de sentimientos cuyo núcleo emergente es la reivindicación del valor de la inocencia, sentimiento culturalmente imposible y llave profética del inalcanzable reino de la libertad (otro sentimiento, junto con la felicidad). Ámbito donde las emociones culturalmente mediadas (amor, poder, venganza o remordimiento) se convierten en sentimientos estéticos más allá de la necesidad (*nec esse*) de una vida empobrecida en la contemplación de los sentimientos morales y las ideas



metafísicas. La iluminación de un sentimiento ilimitado (esta es la visión justa del perspectivismo nietzscheano) de un sentimiento como el amor, solo puede ser hallada y milagrosamente resuelta en una obra maestra del gran arte, como "La cartuja de Parma" del irrepetible Stendhal. El arte clásico es, sin duda, el lugar natural de los sentimientos.